

CUENTOS DEL PARAÍSO DE LAS  
ISLAS, 10  
¡POLVO DORADO, PUJOLITO!-03

Emilio Sola  
[emilio.sola@cedcs.eu](mailto:emilio.sola@cedcs.eu)

Colección: E-Libros – El paraíso de las islas  
Fecha de Publicación: 01/09/2023  
Número de páginas: 19  
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.  
Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



**Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.**

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola, con la colaboración tecnológica de **Alma Comunicación Creativa**.

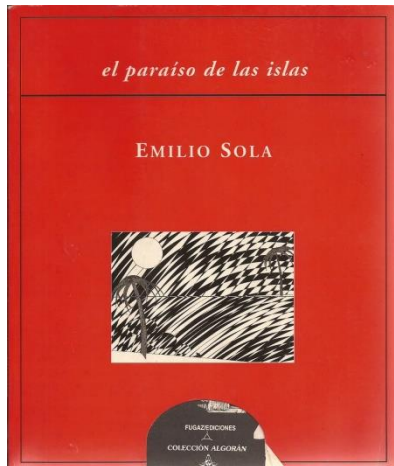
[www.cedcs.org](http://www.cedcs.org)  
[info@cedcs.org](mailto:info@cedcs.org)  
[contacta@archivodelafrontera.com](mailto:contacta@archivodelafrontera.com)

[www.miramistrabajos.com](http://www.miramistrabajos.com)

# Cuentos del paraíso de las islas

## 10

### 10-01 ¡POLVO DORADO, PUJOLITO!



“¡Polvo dorado, Pujolito!” fue publicado en 1993 por la editorial Fugaz de Alcalá de Henares, y su tiempo literario es un día largo de la primavera del año 33 después de la gran guerra y de la muerte de Juan Bravo o JB, según la datación adoptada por el llamado “Paraíso de las islas”. Como siempre, es relato de un amanuense anónimo y su original procede de la llamada Biblioteca de don Borondón o del Naranjal. Se fragmentará en 5 entregas:

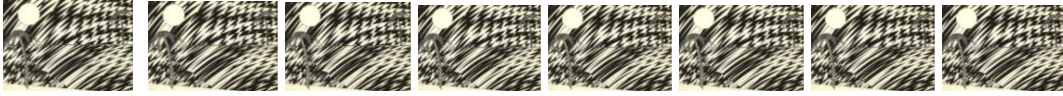
10-01, 10-02, 10-03, 10-04 y 10-05

He aquí el índice del relato, según salió en la edición de Fugaz:

**INDICE GENERAL**  
de EL PARAISO DE LAS ISLAS

1.- ¡POLVO DORADO, PUJOLITO!	cena en honor de Prisciliano Manfredi en la casa del huerto de los almendros.
1.1.- Ahmed Pujol, mulato claro, después de acostarse con una yanqui, se va a dormir en la hamaca a casa de su madre.	1.8.- En el bar de Primo.
1.2.- Mulato Pujolito recuerda su infancia en la casa del huerto de los almendros.	1.9.- La fiesta en honor del Manfredi, en la que Pepín Castaño canta la nana de la soltera.
1.3.- Pujolito va a ver a su madre Montse Pujol al taller.	1.10.- Prisciliano Manfredi promete llevarse a Ahmed Pujol al Egeo.
1.4.- Pujolito charla con su madre Montse de su padre Kader Hamuín y de otros asuntos.	1.11.- Mulato Ahmed prepara su macuto y promete volver hecho un hombre para estar con Tatiana Fontenova.
1.5.- Mulato Ahmed se pasa por la casa grande para dormir la siesta con Consuelo Entrambosaires, Titina, pero ésta no quiere.	1.12.- Pujolito se topa con el lamé de la Nico.
1.6.- Después de dormir la siesta con Nico, Ahmed, Titina y los amigos se van a la playa.	1.13.- Pujolito se duerme en el regazo de Titina.
1.7.- En la casa grande el grupo de chicos se arreglan para la	1.14.- Tarzán Weismuller conduce al aeropuerto a los viajeros en su vetusto coche verde.
	1.15.- La Nico y Pepín Castaño se acuerdan de Ahmed Pujol.

EPÍLOGO: Del amanuense para el lector, con DEDICATORIA incluida.	2.10.- Leila Naser llama al Babilónico “nostálgico, borrachón”, y éste charla con Erik Andersen, gran jardinero.
2.- DON BORONDON EL BABILONICO.	2.11.- Los niños Fito Naser y Lavinia Plonka en la casa de don Borondón y la historia del hombre del perro negro y el niño Saigo Newman.
2.1.- Don Borondón el Babilónico, conocido como Sargón el Antiguo en Oriente, toma una copa de vino en la terraza de la casa del naranjal.	2.12.- Con la luna llena de mayo, el Antiguo se pasa el día hablando de la libertad y se despide de la casa-biblioteca del naranjal.
2.2.- ¡Salud, amigos!	2.13.- Don Borondón se instala en la plataforma durante la fiesta de la luna llena de mayo.
2.3.- La biblioteca habitada de la casa de don Borondón.	2.14.- El Antiguo y don Severino Muntañola recuerdan tiempos antiguos.
2.4.- Don Borondón y la luna llena.	2.15.- Don Borondón es condecorado y desenlace provisional de la historia de Miriam María y el Hamuín Norodín.
2.5.- Ante el espejo: “La gran aventura”.	2.16.- Gente nueva llega a la casa de don Borondón, entre ellos Titina Entrambosaires y sus hijos Estambuli Entrambosaires y Alta
2.6.- La construcción de la plataforma circular.	
2.7.- Chito Gomes, los chicos de Spalato y la música para la plataforma.	
2.8.- La música, los grupos de la costa y el chiringuito de Eulogio.	
2.9.- Eulogio y Josefina y sus hijas Josefina y Verónica.	



-Ya lo vi. En el rellano de la escalera me encontré al gato y le metí una patada, creo que sin querer, pero no sé si fue adrede.

-Estás empezando a tener problemas de dormir, Pujolito.

37

-Algo pasa, sí. En la casa del huertito de los almendros tampoco hay quien pare. Son la leche, los niños, sobre todo ese Leónidas, el de la Tatiana Fontenova... No sé para qué hace niños la gente, tú.

Consuelo sonrió y se levantó. Los otros venían ya. Volvieron a la casa grande para cambiarse.

### 1.7.

En poco tiempo el salón de la casa grande se convirtió en una fiesta. Todos querían ponerse elegantes para recibir a Prisciliano Manfredi. Las mochilas y los armarios se abrieron, cada cual sacó sus mejores galas y luego todos se dedicaron a intercambiárselas, según cánones estéticos variopintos. Eran siete, no tantos como Pujolito se había imaginado; el día anterior cinco se habían reintegrado -algunos integrado sin más, pues era su debut de hombre libre, como se decía- a su trabajo. Nico era anglo-americana -"anglo-americana, chico, no anglo-yanqui; o anglo-colombiana, si prefieres", aclaraba ella-; Gastón, francés; Marco, ítalo-francés; Elena, greco-no sabía qué, pero hablaba muy bien en francés y en español; y Pepín, español -"asturiano de Cangas, pero emigrado a México", explicaba él-, tímido y reidor de cualquier

gracia. Consuelo, hispano-algo; su padre, al parecer, era yugoslavo. Pujolito, balear-argelino o hispano-berberisco, o catalano-balear-berberisco. Al parecer.

38

Al Pepín le convencieron para que se vistiera de blanco. Allá Pujolito le amarró sus propios pantalones a la cintura como pudo, pues más flaco se le escabullían por todas partes, y le colocaron una hermosa rosa roja prendida en el cuello de la camisa. El Marco y el Gastón, como más serios y clásicos, se pusieron pantalón de pana negra y camisas rojas de rigor, a lo el padre del cuchillo. Nico se embutió en un pijama de lamé plateado y consiguió un efecto explosivo en Pujolito: anduvo por allí amenazando con masturbarse como no se lo quitara; no se lo quitó ni, al parecer -nadie lo supo con certeza-, tampoco hubo tal paja. Consuelo se vistió de medio chula madrileña con una toquilla de flores y flecos y una pamea también de flores -"pareces una maestra de escuela, tía", decía el Pujolito, y nadie podía hacerse una idea de lo que él pudiera entender por tal cosa- y la Elenita iba de romántica, toda de negro hasta los pies vestida; antes de salir le añadirían otra flor roja; "para que no parezca que se te acaba de morir tu padre o tu madre, chica", apostilló Ahmed Pujol. Y mulato Ahmed... por allí anduvo ayudando a vestir a todo el mundo, más de una vez metiendo mano por los lamés de la Nico, y en bañador.

-¡Vístete ya, hombre! -protestaba de vez en cuando Consuelo-. Busca algo que ponerte, que ya estamos hartos de tu pulpito colorado.

Pero nada. Al final, cuando Gastón y Marco, cansados de tanta espera, paseaban por el jardín, Pujolito encontró unos calzones -parece que de la Nico- carmín chillón de sedilla y una camiseta negra, como de baloncesto, de Titina. Al fin podían salir para la casa del huerto de los almendros.

El sol se había puesto ya. Gastón y Marco decían que había sido puesta de sol espléndida, como sólo el Mediterráneo conocía. El lejano resplandor rojizo; las luces de las casas de la costa que empezaban a alumbrar. Paz del atardecer.

39

-No son tan estúpidos ni tan niñatos como yo creía estos amigos, Titina -le iba diciendo Ahmed Pujol a su compañera-. Si lo hubiera sabido antes, más hubiera venido por la casa grande.

-¡Claro que no son niñatos, chico! Aquí el único niñato, a veces, eres tú... y perdona.

-No empieces otra vez, ¿eh?

### 1.8.

Pasaban por delante del bar de Primo y alguien sugirió tomar algo; había tiempo suficiente para ello. Pujolito intentó poner alguna objeción; que si Prisciliano habría llegado ya, que si por tomar algo era que en la casa de Montse había y tal, pero el grupo tenía ganas de pasar por el bar de Primo y entraron.

-¿Conoces tú a Primo, Pepín? -le preguntó Pujolito.

-No mucho. Anteayer llegué a la isla; ayer estuvimos aquí y le vi, pero no hablé con él.

-Es que es muy vicioso el tipo, ¿sabes? Para que lo sepas sólo. Si te gusta y eso, vale, pero si no, es que es muy pesado y... hay que conocerle, vamos.

40 -Vale, gracias.

Se habían rezagado un poco y los demás estaban dentro. Pujolito se sintió satisfecho de su labor informativa y entró en el bar con pie seguro, ufano él, llevando con gesto protector -el brazo por los hombros- a su amigo. El bar estaba animadillo; muchos más turistas que comuneros. Poca tía nueva. La yanqui de la noche anterior estiraba el cuello al fondo del bar cuando entraba mulato Ahmed.

-¡Hello, boy!

-¡Hello, tía! -Pujol imitaba su voz cantarina y cursi sin soltar a Pepín del hombro-. ¿Te gusta? -le dijo a éste.

-¿Quién?

-La yanqui aquella del fondo, ¿ves? Tiene unas tetas como melones.

-Psss... No está mal.

-Si quieres te la presento. Vamos, te la ligo. Cuando le llega el orgasmo, grita. ¿No te pone cachondo eso a ti?

-Bueno, no tengo mucha experiencia. Supongo que sí -y el Pepín se medio reía, tan tímido.

Los amigos del grupo estaban en el extremo opuesto de la barra. Pujolito llevó a Pepín -de la mano, casi tiraba por él- hasta ponerle frente a las tetas de la exuberante yanqui.

-¡Hellow, my love! -y la mujer ofreció sus labios, fruto carnoso muy pintado, a la espera de ardoroso beso. Mulato Ahmed le dio un beso rápido -"el carmín maldito, el carmín"- y, mientras se despintaba los suyos con el dorso de la mano, le presentó a Pepín.

41

-Tía, te presento a Pepín.

-No Tita, Dyana -le ofreció la mano-. Very encantada.

-Mucho gusto, señorita Diana -Pepín miraba de reojo, como pidiendo auxilio, al otro extremo de la barra.

-¿Te quedas con ella? -le dijo Ahmed a Pepín con disimulo.

-¡No me va nada! -contestó el otro, claramente al oído.

En éstas estaban -la yanqui Dyana muy sonriente, el cigarrillo en la mano derecha, el brazo en 45 grados perfecto, Pepín todo de blanco, la mirada entre las tetas meloninas y el grupo que, al otro extremo de la barra, se cachondeaba con ostentación de ellos, Pujolito sin saber a ciencia cierta qué hacer- cuando apareció por la puerta de los servicios el famoso Primo con los brazos tendidos hacia ellos.

-¡Tú por aquí, Pujolito! ¡Cuánto tiempo sin vernos, querido!

-¡Cuidado con éste, Pepín! ¡Este es el Primo! -comunicó misterioso mulato Ahmed a su compañero. Luego, más aplomado, tomó a Pepín de la mano de nuevo y lo arrastró hacia el otro extremo de la barra del bar, mientras saludaba y se despedía al mismo tiempo- ¡Hola, Primo! ¡Baibai, tía!

42

La yanqui se quedó con la sonrisa congelada y el sujeta-cigarrillos en 45 grados perfecto; Primo los seguía braceando infatigable. Los alcanzó cuando ya estaban entre los suyos.

-¿Qué tal estáis, la juventud?

-Muy bien, Primo -contestó Consuelo-. Ya ves: de fiesta.

-¡Maravilloso! ¡La juventud en fiesta! Y tú, Pujolito, ¿qué tal? ¿Tan arisco conmigo como siempre?

Pujolito había adoptado postura de vaquero americano de película en el saloon, de espaldas a la barra y acodado en ella, la pierna izquierda en ángulo -como su brazo la yanqui-, la planta del zapato en la susodicha barra apoyada.

-Arisco no. Ya te follé una noche y te dije que no repito más la misma historia, ¿entiendes? Pregúntale a Titina y ya verás cómo te dice que es verdad lo que te digo.

-Es verdad, Primo. Met sólo se acuesta una vez con sus conquistas.

El grupo estaba a punto de estallar a carcajadas; el mismo Pepín, todo vestido de blanco y firme como un soldado antiguo, hacía esfuerzos para contenerse.

-¡Qué duro eres, chico! ¿Y si cambiamos las tornas y soy yo el que te doy?

-No, porque ya te dije que no me gusta porque me hace daño y, además, no quiero que me guste porque no quiero volverme como tú cuando sea mayor, ¿está claro?



Miró a sus amigos y todos, divertidos, asentían fingiendo una seriedad que el Pujolito parecía pedirles.

-Está bien, está bien, mocito. Entonces, si no hay nada que hacer, ¿me dejas que te toque? 43

-Que me toques qué.

-Pues eso, el culebrón.

-Bueno, pues eso... -y miró de nuevo a sus compañeros.

Pujolito seguía con la postura de vaquero matón aunque ya no se sentía tan seguro. A coro, hasta Pepín, se encogieron de hombros e hicieron un gesto con los labios de “psssé, bueno”, y Pujolito, desconcertado un tanto, se arrancó. Se puso en jarras, abrió las piernas -¡lástima de postura de vaquero de saloon rota!-, y habló así, de nuevo con aplomo:

-Eres un pesado, Primo. Diez segundos y por fuera del pantalón sólo, ¿eh? Pepín, cronometra... ¡Ah, espera! Te juro que tampoco habrá segunda vez. ¡Primera y última, tío! Pepín, diez segundos...

Pepín cronometró con toda seriedad, el Primo tocó, diez segundos, “¡ya!”, cantó el Pepín, Pujolito adoptó de nuevo postura de vaquero en el saloon y todos aplaudieron.

-¿Contento? -al Pujolito se le veía ufano-. Un vaso de leche para mí, lo que quieran los amigos, y a la cuenta de los comuneros.

El regocijo del grupo ya no tenía límites. A Nico se le caían las lágrimas de tanto reír. En el otro extremo de la barra la yanqui Dyana, el brazo encigarrillado en 45 grados, nada había comprendido.

1.9.

44

Serían más de las diez cuando salieron del bar.

-¡Hasta pronto, la juventud! -había saludado, brazo en alto, el simpático Primo.

-¡Bye, my love! -había saludado, brazo en 45 grados, la yanqui Dyana.

Fuera era la noche y la luna, cuarto creciente a dos o tres días de gran luna, bien hermosa, coqueta flirteaba con el mar.

-¡Has visto, Pepín? Te había advertido que el Primo es un pesado; debí haberle dicho que cinco segundos nada más.

-A mí no me pasan esas cosas -muy en serio Pepín.

-Fue bien divertido, Met -terció Consuelo-. ¿Es que te disgustó?

-No es eso, Titina. Es que me puse casi culebrón, que es lo que él quería, y si me pone un poco más, pues hubiera tenido ganas de hacer deporte y tal... que es lo que él quería, ¿comprendes? Pero yo no quería... Un lío, ¿ves? Por eso, Pepín, ten cuidado con Primo, que es un pesado y yo sé lo que me digo.

-¡Has estado genial, Pujolito! -era la Nico.

-¡Gracias, chica!

En la casa del huerto de los almendros todas las luces estaban encendidas, el salón con restos de cena aquí y allá; alguien en la cocina trabajaba -resultaron ser Valerie y Simón el Mago-; Leónidas Fontenova atravesó a la carrera el salón detrás de otro chico de su edad al que Pujolito no conocía; en fin, todo normal, la gente debía estar en el huerto de los almendros.

45

-Ya han cenado. Podríamos habernos ahorrado el rollo del bar del Primo -protestó mulato Ahmed.

-Deben haber venido otros grupos de comuneros; allí hay un montón de sacos de dormir -observaba Consuelo.

Simón el Mago les dijo que pasaran por la cocina, que había mucha comida todavía. La Valerie salió con una gran bandeja de vasitos para el té y pocillos para el café. Todo normal, en fin. Cenaron lo que cada uno pilló y apeteció y se fueron al huerto. A mulato Ahmed se le veía exultante. Llevaba media botella de leche bajo el brazo y se sentía feliz.

-Pepín: hoy la casa está como en los buenos tiempos.

-¡Chévere, Pujolito! -le cacheteó Chito Gomes, de paso.

-¡Chévere, ché! ¡Como en los buenos tiempos! -le respondía.

La gente estaba en grupos por allí; eran unos treinta; algunos se habían ido pues, al parecer, tenían trabajo fuerte al día siguiente. En algunos lugares habían extendido mantas de colores por el suelo y, en lo que podía considerarse centro, había bandejas con té y café, pastas, jarras de zumos, media docena de botellas de vino mediadas, una de licor de hierbas de la isla y poco más. Pujolito dejó entre las otras la botella de

46 leche antes de hacerse un lugar discreto entre sus compañeros. Algunos candelabros con muchas velas, la luna y las luces de la casa -sobre todo la del zaguán de la puerta trasera-, iluminaban vagamente aquella zona del huerto. Prisciliano Manfredi había traído cartas y regalos de gente para gente de la isla, muchos habían recogido los mensajes y se habían ido ya, y ahora charlaba con algunos de la casa y con otros que Pujolito sólo recordaba de visita. Montse pasó por delante de donde estaban los chavales.

-¿No vais a saludar al viajero?

-En cuanto tomemos el té; le estoy estudiando un poco desde aquí -respondió mulato Ahmed.

-A mí me da un poco de corte; no debe acordarse de nosotros -intervino Consuelo.

-¡Tonterías! En cuanto os vea, os saca por la pinta. Y si no, le decís vuestro nombre y enseguida os localiza.

Montse se alejó. Los chavales saboreaban el té en silencio. Marco había preferido café y Elena una copa de vino. Pujolito siguió a su madre con la vista; la Montse se había acercado al grupo de Prisciliano, algo le había dicho, éste miró unos segundos hacia donde ellos estaban, sonrió y siguió charlando con... ¿quienes estaban allí? Ah, sí; Simón el Mago, la Leila Naser, otros dos o tres comuneros que recordaba con vaguedad, el Weismuller...

-¡Eh, Titina, ¿vamos?

-Espera un poco. No he terminado el té. Además me da corte, vete tú.

Había unas cuantas guitarras, como dos o tres. El Chito Gomes afinaba una. ¡Qué tío, el Chito! Acariciaba la guitarra tal si fuera una mujer. La Irina Ivanova pasaba del grupo de Chito al de Prisciliano con aires de mariposa.

47

-Ven conmigo, Pepín, ¿quieres?

-Bueno.

Pujolito se llevó al Pepín de la mano, todo vestido de blanco. Nadie les hizo caso cuando llegaron; se quedaron de pie, detrás de Prisciliano, escuchando un rato.

-¡Pues claro que para contratar madera! ¡No sabes tú cómo está ahora la gran muralla verde! Merece la pena pasar allí una temporada porque es espectacular. Todo un canto a la acción. Al parecer, tardaron más de treinta años pero la utilización de aguas subterráneas es tan óptima que los sudafricanos y los chinos han enviado sus expertos para perfeccionar las técnicas experimentadas en el Kalahari y en el Gobi. Algunas maderas de la gran muralla verde, además, son muy duras y los armadores de barcos de bajura del Egeo las aprecian más que cualquier plástico moderno.

Pujolito temblaba. Se puso en cuclillas, a la sombra de Prisciliano. No le había visto el rostro aún pero su voz segura le cautivaba. Pepín seguía erguido, la rosa roja un poco mustia, de pie a su lado.

-Ya te digo, merece la pena pasarse una temporada allí. Además tú, Simón, eres ganadero, ¿no? -Simón el Mago asintió-. Pues para un ganadero es fácil... Consulta las computadoras, ya verás.

48 Mulato Ahmed dio unos golpecitos en el codo izquierdo de Prisciliano, justo al lado suyo, y musitó un ininteligible “oye, tú”. El Manfredi giró la cabeza, se apartó un tanto hacia atrás para ver el rostro de aquel que su propia sombra ocultaba, y a la luz titilante de las velas y difusa de la luna vio unos ojos encendidos y unos dientes blanquísimos que le hablaron.

-Mira, éste que está aquí es Pepín... Oye, Pepín ¿qué?

-Castaño -se oyó desde atrás, de lo oscuro.

-Este es Pepín Castaño y yo soy Ahmed Pujol, hijo de la Montse y de...

-¡Hombre, el Pujol! -interrumpió la voz alegre de Prisciliano Manfredi-. ¡Y has crecido cantidad!

Mulato Ahmed se puso en pie de un salto y arrastró a su lado de un tirón al Pepín.

-Y Pepín Castaño es éste, mira.

-Pepín Castaño, Pepín... ¡Ah! ¿Asturiano de México?

-Sí, y de Asturias también.

-Claro. Teresa, Teresina Castaño es tu madre, ¿no?

-Sí, ¿la conoces?

-¡Cómo no la voy a conocer! Una de las mejores cantantes de nanas del mundo, chico. ¿Te acuerdas de aquella “Duérmete fiu del alma que vela to sueño golondrina de plata que non tien aleru”?

-Sí, pero no es “golondrina de plata” sino “golondrina del alma”.

-¿Sabes cantarla?

49

-Sí, claro. Escucha.

Y el Pepín se arrancó, en medio del grupo, bien segura la voz, serio como un obispo serio de los antiguos, las piernas un poco separadas, los pulgares en el cinto -o lo que fuera aquella especie de atadizo que el Pujolito le había fabricado-, con la nana de la soltera. Al “agora non” final siguieron segundos breves pero lentísimos de silencio, y luego el grupo, todos los grupos, estallaron en “bravos” y cerrado aplauso.

-Cantas como dios, tío -le susurró Pujolito al oído, exultante.

Consuelo y los otros se habían acercado al corrillo; Chito Gomes debía de haber terminado de afinar porque canturreaba algo americano; Prisciliano Manfredi, alto, moreno, de ojos muy claros, andaba de un lado para otro, el Pujolito a su vera le seguía a todas partes con el Pepín a rastras. La fiesta había comenzado.

1.10.

-Prisciliano, ¿te vas a quedar mucho tiempo en esta isla? -preguntó mulato Ahmed.

-No mucho. Mañana por la tarde tomaré avión a Roma y, de allí, a Atenas. Luego vuelvo a mi isla.

50 -¿Y por qué viniste a visitarnos?

-Bueno, mira, tengo muchos amigos y recuerdos repartidos por esta tierra, ¿sabes? Tenía un poco de tiempo, me habían encargado traer algunas cartas y regalos, y aquí estoy... ¿No te ha dado Montse aún el regalo que te envía Kader Hamuín?

-¿Hamuín? ¿De verdad?

Pujolito vio a Montse a lo lejos, corrió hacia ella, pasaron ambos a la casa y poco después, de vuelta, se le veía de lejos a la carrera colocándose una cadena al cuello -chocó con la Irina Ivanova, mariposa- de la que colgaba algo que resultó ser una brújula.

-Bien bonita, tú, ¿ya la habías visto? El norte para allí, mira, Pepín.

-Muy práctica para el desierto y para el mar, chaval. ¿Es verdad que te gustan los barcos?

-¡Lo que más en el mundo! -vio de reojo a Titina que se sonreía- No, miento. Casi lo que más.

-¿Y qué es lo que más te gusta? -volvió a preguntar el Manfredi.

-Bueno, lo que más, lo que más, follar. Pero te advierto que estoy un poco harto y creo que los barcos pueden llegar a gustarme si no más, porque es diferente la cosa, por lo menos tanto como follar, ¿comprendes?



-Perfectamente claro. Y te felicito por tu buen gusto. A mi me pasa lo mismo.

Al Pujolito le brillaban los ojos de felicidad. “Por fin hay alguien que me entiende aquí”, pensó. Pero no lo dijo en alto, no supo por qué. Le arreó un codazo a Pepín. 51

-¿Oyes, Pepín? Y a ti, ¿no te gustan por lo menos los barcos?

-A mí me falta un año para ser químico. Me gusta lo mío.

-¡Claro!

El Pujolito no sabía cómo abordar el asunto que le rondaba y mantenía ansioso. Sentada o tumbada, la gente estaba relajada, charlaba apaciblemente o escuchaba una canción. Ya se habían ido muchos -los niños, por ejemplo, hacía rato que habían pasado a su pabellón-, pero todavía quedaban unas veinte personas. Simón el Mago y Curro se habían retirado, la vaquería no permitía vacaciones extras; otros comuneros de otros lugares se habían ido hacia los pinos de la orilla del mar con sacos de dormir; la noche lo permitía, templada y calma. Mulato Ahmed se decidió.

-Titina, el verano que viene me gustaría ir a verte a Estambul en un barco de cabotaje que yo hubiera ayudado a fabricar.

Su tono de voz había sido lo suficiente alto como para que todos los allí reunidos se enteraran. Montse cazó al vuelo la indirecta.

-Pero, bueno, Ahmed, ¿sabes tú acaso algo de fabricación de barcos?

52

-¡Claro que no, madre! Pero de aquí al verano puedo aprender. ¿No está preparando sus programas para el verano Titina? ¿No soy yo seis meses mayor que ella?

-¿Y dónde vas a aprender? -insistió la Montse.

-Pues por alguna isla del Egeo o del Jónico; si no, no podría hacer el viaje en un barco de cabotaje.

Mulato Ahmed se quedó satisfecho con su meditada respuesta. Trabajo le había costado, pero había salido bien. Al fin hablaba Prisciliano.

-Montse: estoy pensando que si a tu hijo le gustan tanto los barcos como dice, y en especial los barcos de cabotaje fabricados en el mar Egeo... -hizo una pausa y se quedó pensativo.

Pujolito temblaba. Como la pausa se alargara más de lo esperado, sus ojos encendidos clavados en el Manfredi, saltó y, de rodillas sentado sobre los talones, casi en el centro del grupo, animó al dubitativo hablante.

-Sigue, sigue, qué...

-Pues que...

Como siguiera la pausa, frenético mulato Ahmed casi gritó.

-¡Hambuk, tío..., qué!

-Pues que podrías aprovechar el viaje de mañana que vía Roma y Atenas nos llevaría a las islas del Egeo en donde se fabrican los barcos de...

No le dio tiempo a terminar la frase al Manfredi porque mulato Ahmed se le había echado encima como un agilísimo mono y le palmeaba la espalda y daba besos en el pelo, y poco después rodaba por el suelo ante un simple brusco movimiento de brazos del Manfredi que le arrojara, como una piedra roja y negra, unos metros más allá para quedar, tal gato que cayera de lo alto, por ejemplo, a cuatro patas y maullando.

53

-¿Has oído, Montse? ¿Has oído, Titina?

El grupo, recuperada la calma que las cabriolas del Pujolito hubiera roto, se fue disolviendo lentamente.

1.11.

Mulato Ahmed se empeñó en organizar el macuto aquella misma noche. Había sacado sus cortas pertenencias y las empaquetaba en la hamaca.

-¿Dónde vas a dormir esta noche? -le decía Pepín.

-Eso no es un problema.

Y luego.

-Supongo que habrá escaleras con rellano en el Egeo, tío. Eso sí es más grave.